

Perseverancia. Poesía inédita 2018-2021

RAFAEL BALLESTEROS

Ed. Marina Bianchi, Madrid, Devenir, 2022, 183 pp.

En 2019 Rafael Ballesteros recogió en su libro *Jardín de poco* la poesía inédita que había compuesto durante el período comprendido entre 2010 y 2018. En edición y estudio de Alfredo López-Pasarín, el volumen fue publicado en Málaga por el Centro Cultural de la Generación del 27. Y un trienio después, a finales de 2022, aparecía otro corpus de su poesía también inédito: *Perseverancia*, donde la hispanista italiana Marina Bianchi reúne los versos del andaluz desde 2018 hasta 2021, acompañándolos de un estudio preliminar. El libro vio la luz bajo un sello madrileño muy acreditado en la edición de poesía, el de la colección Devenir.

Antes de exponer el estudio propiamente dicho de *Perseverancia*, Bianchi dedica varias páginas a situar a Ballesteros en su contexto literario, refiriéndose a su posible adscripción generacional. Al respecto, enfatiza en el malagueño la búsqueda de un lenguaje propio, muy reconocible por original, y

en el que se incrustan numerosas referencias intertextuales. Apoyándose en aportes de Óscar Barrero y de Juan José Lanz, señala cómo la singularidad buscada en su discurso se sustenta en repetidas perturbaciones del lenguaje común estandarizado, que la convierten en opaca. Sin embargo, el hermetismo resultante se brinda al lector compatibilizado con un propósito comunicacional basado en la libre indagación a partir de la duda y del dialogismo.

Tocante a la adscripción a una leva poética concreta, Bianchi aduce las consideraciones hechas, de un lado, por Francisco Morales Lomas y Alberto Torés García y, de otro, por el antedicho especialista Juan José Lanz. Los dos primeros incluyeron a Rafael Ballesteros en la nómina de poetas designados como del 60. Atendían a su nacimiento en 1938 y al período en que dio a conocer su entrega lírica más temprana: la *plaquette Desde dentro y desde fuera* (1966). Para

ambos parámetros habían establecido, previa y respectivamente, las fechas comprendidas entre los años treinta y principios de los cuarenta, y las del lapso temporal comprendido desde 1959 hasta 1966. A su entender, quedaban estos poetas al margen del canon, caracterizándose por la meditación sobre el ser humano y por una temática solidaria, así como por la riqueza formal y un manifiesto propósito renovador que se hace ostensible desde el virtuosismo lingüístico, con independencia de las plasmaciones simbólicas atingentes al universo propio de cada uno de ellos. Por lo que hace al parecer de Juan José Lanz, acreditado investigador de la Universidad del País Vasco, incluyó a Rafael Ballesteros entre los poetas de la Generación del 68. En ellos constata el fragmentarismo poemático, la multiplicidad perspectivística y una creciente tendencia a la barroquización.

En el epígrafe segundo de su introducción, la editora recorre la poética ballesteriana. Parte de un principio asumido por la crítica, entre otras razones, porque la propia singladura del autor lo ha ido confirmando: más que distinguir etapas literarias en la obra de Rafael Ballesteros, habría que leerla como un continuo creativo que, si acaso

muestra diferenciaciones, se deben sobre todo al distinto grado de dificultad en la praxis del lenguaje.

Entiendo que no procede seguir puntualmente con detalle todo cuanto Marina Bianchi va señalando en su trayectoria, por lo que remito a los lectores interesados a esas páginas prologales. Sí llamo la atención sobre algunas de las afirmaciones que más me interesaron, porque han sido menos reiteradas y porque nos aproximan a la creación lírica más reciente del autor. Por ejemplo, la de que *Nadando por el fuego* supuso una síntesis del mundo poético del poeta; la de que en *Almendro y caliza* se asiste a un tránsito vital del sujeto lírico desde al abismo hasta la resurrección; y finalmente la de que el conjunto *Perseverancia* representa el reencontro, en la belleza y en las pequeñas cosas de la vida cotidiana, de una nueva dimensión positiva en el enfoque de la realidad.

Perseverancia reparte su contenido en tres secciones. Sobre la primera y más extensa, “Un soplo de fuego es el recuerdo”, Bianchi explica que en ella el sujeto de la enunciación canta el amor y el recuerdo del deseo. En la segunda, que lleva por título “Estados sombríos del corazón”, priman reflexiones sobre la muerte, sobre las emociones

que va suscitando y la idea de que la belleza y el amor contribuyen a superarlas. La sección tercera, “Los poderes de la poesía”, comprende menos textos que las precedentes, plasmándose en esa gavilla la convicción de que el verso constituye un rayo de luz que ilumina la oscuridad existencial anidada en el vivir.

En el primer grupo de composiciones, en número de veintiocho, Bianchi se fija inicialmente en el título de la sección, concretamente en la coincidencia del empleo de la imagen “soplo de fuego” entre Rafael Ballesteros y un poeta dominicano anterior, Franklin Miseses Burgos, quien la había usado en 1954 en alusión a la muerte. En cambio, el lírico andaluz la asocia al recuerdo, lo que supone una convergencia expresiva casual, con dos referentes distintos, a sendos elementos naturales que se combinan imbricándose entre sí. Recuerda acto seguido la función transformadora que el filósofo presocrático Heráclito atribuyó al fuego, en virtud de la cual este símbolo, si comporta desaparición, también implica regeneración. Siendo así, sería susceptible de emparejar la experiencia humana de fondo que recorre este libro con la que se refleja en *Almendro y caliza*, inserto en *Jardín de poco* y motivado por la muerte de su hijo Pablo.

A continuación, la estudiosa se detendrá en algunos de sus textos más significativos. En el poema séptimo hace hincapié en el decantado vital del hablante hacia el deseo; una decantación que se matiza en el décimo, al evidenciarse que ya nada será como fue ayer en el transcurso del vivir. En la composición doce se remarca la desestima del tópico literario de la salvación por la palabra, en la certidumbre de que ni el primer verso, que equivaldría a las tentativas iniciales, ni tampoco el último, que pudiera referirse a la obra literaria cuajada, van a lograrla. En el poema veintidós se expresa el pleno gozo del nacimiento de un nuevo hijo, Miguel. En los siguientes se recuperan momentos cruciales grabados en la memoria; entre ellos los de un tiempo histórico conflictivo, los de aquellos días en que el sujeto lírico comenzó a darse cuenta de la fugacidad de la existencia humana y de aquellos otros en que percibiría como necesidad la recuperación poética de los recuerdos.

“Estados sombríos del corazón”, parte central del libro, se abre con una alusión a la novela *Solenioide*, en la que el rumano Mircea Catarescu hace referencia a las estatuas negras. Consta de diecinueve composiciones. El estado que más poe-

mas inspiró al poeta fue la tristeza, cuatro, seguido de los tres sobre la nostalgia. Un texto de cada uno de dichos estados inspiraron la desesperación, el asco y el odio; y los tres últimos, esto es, la indignación, la resignación y la amargura. Marina Bianchi pasa revista a esta serie poética iniciada con el par de textos que motivó el pánico, vinculada mayormente a la muerte. Destaca después los contenidos a vueltas de la nostalgia y llama la atención acerca de sentirse bien distintos expuestos en esos poemas: los del joven que ve su final muy lejano, los del anciano que lamenta no haber gozado de todo lo que le ofrecía la vida en su juventud, la cual comporta no poder gozar después tampoco del fuego creativo que se generó en el pretérito.

Prosiguiendo el recorrido temático que ha realizado la hispanista italiana, anotamos que en la tercera de las composiciones sobre la tristeza, el sujeto lírico relaciona este sentimiento con todo lo malo que al hombre le puede suceder. El horror, a su vez, se asocia a la oscuridad y la bruma que envuelve el sufrir. Del odio propone apartarse el hablante en el texto catorce, instando en los siguientes, inspirados en la lástima y en la melancolía, a no dejarse cautivar por la seduc-

ción engañosa que transmiten. La indignación estaría justificada ante las explicaciones de índole religiosa, y lo estaría igualmente la resignación, aunque por otra causa: la tendencia a adoptarla. La amargura se experimenta cuando lo ardoroso del vivir pretérito ha dado fruto, pero ha sido agrio.

En la sección tercera del conjunto remarca Bianchi el significado de la poesía como catarsis de belleza purificadora, idea que a su juicio subyace como común denominador de las diferentes composiciones de “Los poderes de la poesía”. A continuación, se interesa en algunos textos concretos. En el primero peralta la pasión poética del hablante, siempre tan cargada de emotividad. De mucho interés resulta la clarificación del poema séptimo, inspirado en la alegoría platónica de la caverna. Dirigiéndose a Platón, el sujeto lírico defiende la poesía como un refugio favorecido por la experiencia vivida. Esta idea quedaría reforzada por el poema once, en el sentido de que la práctica poética contribuye a un existir bonancible en medio de la vorágine externa a ella. La función de la poesía se amplía más adelante al otorgarle al poeta lo que la estudiosa califica como su danza última en el aire, antes de concluir

que no se aprecian notas elegíacas en *Perseverancia*, sino que en esa obra refleja el malagueño la dignidad de quien no se resigna a perder la fe en la vida.

Reviste una encomiable singularidad la estrategia de disposición discursiva con que se ha desarrollado el estudio introductorio. A los comentarios antes resumidos les suceden varios análisis, mucho más amplios, de poemas específicos que considera muy relevantes, y ciertamente lo son. Las composiciones analizadas pertenecen a las tres partes en las que Rafael Ballesteros repartió su obra: un par de textos se insertan en “Los poderes de la poesía”, y otros dos, respectivamente, en las secciones inicial y segunda, “Un soplo de fuego es el recuerdo” y “Estados sombríos del corazón”.

El primero de los comentarios específicos gira en torno a un poema que Bianchi califica de “ejemplar”, y se incluye en el grupo tercero con el título de “Cuando el tallo crece”. Hace el número trece de los quince textos que se agavillan en ese apartado. En la antecitada composición se pone de relieve la heterodoxia métrica del autor, el empleo recurrente de vocablos religiosos, sus arcaísmos y, sobre todo, el uso de la metáfora del topo, animal que se siente herido por la pulserilla que

lleva puesta. Más adelante, este utensilio adquirirá en el poema el valor topológico de descenso abisal y simbolizará el miedo que atenaza el estómago ante el encuentro amoroso. La aproximación crítica concluye con la interpretación del poema como alegoría del dolor del hablante por la pérdida, de la que se irá recuperando mediante una nueva luz que sucede a la búsqueda indagatoria en pos de una recuperación vitalista del existir lograda a través de la oscuridad.

En la sección del comienzo, el texto objeto de enfoque es el “Poema 20. De amistad de amigo”. Ballesteros se lo dedicó al pintor malagueño Enrique Brinkmann. Marina Bianchi señala en la composición un rasgo muy representativo del autor la marca del ritmo versal valiéndose de recursos diversos, y enfatiza asimismo la decantación neológica tan característica del habla poética ballesteriana. En esta creación se expresan cavilaciones acerca del sentido del arte, y en su transcurso invita el hablante al artista amigo a que plasme en sus obras pictóricas cualesquiera aspectos de la vida, a fin de alcanzar un ámbito que no esté sujeto ni al espacio ni al tiempo.

Continúa Bianchi glosando “El pánico 2”, segundo texto de los

que se irán sucediendo en “Estados sombríos del corazón”, y subraya cómo incide la muerte en sus versos. Enfatiza que al sujeto lírico le resulta ilusoria la mera tentación de pasar desapercibido ante ella. Tal es su omnipresencia que la siente doquiera y detrás de quien pretenda ocultarse, como si le estuviese persiguiendo, sin escapatoria posible. Hace luego una lectura de la parte segunda de un texto de amplia titulación, con el que finaliza la tercera sección. Se trata del “Poema 15. Para Cristina, la púbera danzarina (Con las de don Góngora avencencias)”. En su comentario refiere algunas de las relaciones con la poesía gongorina, las simbolizaciones mitológicas citadas, así como el significado de la figura de la danzante. El sujeto lírico la interpreta como encarnación de una alegría vital superadora de las cenizas: concepto este de gran alcance, pues permanecerán en realidad en sus propios poemas como señales de su vida.

En el octavo epígrafe se propone una inesperada hermenéutica de lectura para el esclarecimiento del sentido de *Perseverancia*. Aduce la semántica interna advertida en los libros de Vicente Huidobro *Altazor* y *El viaje en paracaídas* y entiende que es susceptible de aplicarse al libro de Ballesteros. En el chileno

hay un descenso al abismo, el cual dará lugar a una rebelión transgresora que superará las problemáticas conducentes a la caída. En el poeta malagueño se produciría un proceso semejante: del abismo en el que ha caído surgirá el hablante mediante la superación del sufrimiento, una nueva dimensión capaz de abrirse a la realidad, incluso desde una óptica festiva.

Con el desarrollo de un último punto, que precede a un listado bibliográfico muy puesto al día, finaliza el prólogo. Ahí sintetiza Bianchi el que a su juicio es el mensaje final de *Perseverancia*:

lo ineludible del *tempus fugit*, la necesidad de tomar conciencia de que no hay vida sin la muerte, el dolor del que la existencia no puede prescindir, el recuerdo como consuelo, la belleza como alivio, el amor como motor que mueve el mundo y savia del ser humano, la escritura como medio para elaborar el duelo y entender el universo que nos rodea, la perseverancia en la búsqueda de lo positivo como ley incontestable y eterna (p. 43).

José María Balcells Doménech
Universidad de León